

Zapatos de caballero

Para S. K.

Aquello que relató la actriz armenia:
cuando estaba sola, cuando se sentía sola,
iba y compraba un par de zapatos de caballero;
no uno muy costoso, pero sí, de cuero,
en general número cuarenta y dos,
que es el número que calza un hombre
que se dice hombre; después ella ponía
los zapatos debajo de la cama y se tendía a esperar;
podían pasar días o meses; como sea, él
siempre aparecía. A veces duraba
un poco tiempo, a veces más.
Básicamente, tenían algo de sexo,
se calzaba los zapatos y se alejaba
por donde había venido. También podían surgir
las otras cosas: el amor, por ejemplo.
Cuando el hombre se marchaba,
se llevaba sus zapatos y ella lo añoraba
un tiempo, una estación: todo el otoño
o todo el invierno; luego empezaba
a sentirse solitaria otra vez: las noches se estiraban
hasta hacerse muy largas
–el alma de lombriz que tiene la noche
nadie puede comprenderlo–;
hasta que por fin la actriz decidía
salir a la calle de nuevo y buscar otra zapatería.

Pregunta y respuesta sobre mi destino

Preguntándome sobre el destino estuve todo el tiempo
y al final llegué a la conclusión de que no existía,
que era un modo de estar, un sofá;
por eso dejé a mi esposa, dejé el trabajo, y me fui tras un poco
de satisfacción, y hubo eso como el entusiasmo
y hubo un momento en que la chica rubia
se debatió con terquedad entre el oído y el temor
y el cuchillo resbaló y rasgó la fina seda de su vida;
así me atrapan, es un error, un simplemente accidente;
ellos dicen: un error imperdonable, un gesto de locura;
no puedo andar suelto entre los hombres
como un gato en un baldío, un tejado,
una rata en el albañal; no me dejan tranquilo;
en prisión soy el festín del vicio, a pesar de mí, sobre mí,
el pecado es el orden natural de las cosas aquí;
en la noche, en mi camastro vuelco
mi rostro en su pecho, abrazo su espalda,
la del hombre negro que duerme conmigo,
el otro prisionero que hizo algo terrible,
con sus manos o con una navaja, yo no lo sé,
yo no se lo pregunto, aprendí que no soy quién
para andar metiendo la nariz en los asuntos del cosmos,
su crimen habrá sido, en defensa propia de su sentimiento,
cuidando de esta nuez que vino a ser mi destino al final,
el blando fruto, sabroso: mi alegría este amor de un asesino.

Sobre Edmond de David Mamet.

ÉL HABLABA de mujeres, pero no de cualquiera
sino, de las que conoció últimamente, en la red;
el aire acondicionado estaba muy frío,
pero no sentíamos frío y yo tenía ganas
de comer melón –había medio en la heladera–,
una, criaba perros en la montaña;
otra, le robó de malos modos un beso;
después me preguntó qué había hecho yo
todo este largo tiempo; qué pasó con mi alma
que está del cuerpo tan desconectada;
no supe qué contestar y nos quedamos así
hasta que el sol bajó por completo
y él dijo hay que prender la luz.

PREGUNTASTE qué hice en estos días
te dije que fui al cine, la música
de la película alabé; enseguida
criticaste a la cantante; no sabe
componer, hacer canciones,
tiene buena voz y hasta está bien
cuando interpreta canciones de otro,
decís; la banda de sonido era ella,
un tema que repetía: las historias
siempre empiezan, siempre están
empezando; ¿quién puede decir
cuál es el exacto comienzo?;
preguntaste después si yo salía
con alguien y tardé en responder,
me quitaste la ropa, el vestido azul
por la cabeza y admiraste
los agujeritos de mis medias.